

La identidad de los argentinos emigrantes y la memoria de la crisis: alcances posibles de una hipótesis de trabajo.

Mariana Patricia Busso (Argentina).¹

Resumen.

El objetivo del presente artículo es plantear una articulación posible entre los conceptos de *identidad* y de *memoria*, a fines de abordar teóricamente la construcción discursiva de la identidad de los argentinos que emigraron en el período 2001-2005. Con ello buscaremos sustentar la hipótesis de trabajo de que en la elaboración de la identidad de esos migrantes son centrales los recuerdos vinculados a la así llamada *crisis de 2001* que se actualizan a la hora de emprender el desplazamiento migratorio.

Esta reflexión se enmarca dentro de un proyecto más amplio en curso, que busca analizar la construcción discursiva de las identidades de los emigrantes argentinos hacia España e Italia en la prensa gráfica y en foros de Internet durante el período 2001-2005. En ese marco, propondremos que las rememoraciones del pasado se ponen en juego en la elaboración de interpretaciones que dan sentido a acontecimientos recientes que se producen en la sociedad, y que además intervienen en la construcción de la identidad del individuo y del colectivo, en un contexto cambiante como lo es la emigración.

Palabras clave.

Emigración – Argentina – memoria – crisis de 2001.

Abstract.

The aim of this article is to propose a possible joint between the concepts of identity and memory, in order to study theoretically the discursive construction of identities referred to Argentinians who emigrated in the period 2001-2005. We will seek to sustain our hypothesis that in the elaboration of the identity of these migrants, there are crucial the rememberings linked to the 2001 crisis, that are updated in the migration process.

This paper is related to a PhD research that seeks to analyze the identities' discursive construction of Argentinian emigrants towards Spain and Italy, in the press and in Internet forums during the period 2001-2005. So, we will propose that the memories of the past take part in the interpretations that give sense to recent events that take place in society, and that in addition they get involved in the construction of individual and collective identity, in an unsteady setting like emigration.

Keywords.

Emigration – Argentina – memory – 2001 crisis.

Introducción.

El objetivo del presente artículo es plantear una articulación posible entre los conceptos de *identidad* y de *memoria*, a fines de abordar teóricamente la construcción discursiva de la identidad de los argentinos que emigraron en el período 2001-2005, y que nos permita sustentar nuestra hipótesis de trabajo que sostiene que en la elaboración de la identidad de esos migrantes son centrales los recuerdos vinculados a la así llamada crisis de 2001 que se actualizan a la hora de emprender el desplazamiento migratorio.

Esta reflexión se enmarca dentro de un proyecto más amplio en curso, que busca analizar los discursos elaborados por la prensa gráfica nacional y aquellos presentes en las publicaciones de foros online, a fines de dar cuenta de la producción de identidades relativas a los emigrantes argentinos hacia España e Italia, en el período 2001-2005². Esa numerosa emigración de argentinos, que se prolonga hasta 2004-2005 para luego decrecer, es un fenómeno al que se le destina una intensa cobertura por la prensa gráfica nacional, mientras que se suma a ello la propia voz de los emigrantes y los emigrados, que se expresa utilizando un soporte popular por aquellos años: los foros en Internet.

Si bien excede a los límites de este trabajo delimitar las características sociodemográficas de esos emigrantes, remarcamos que se trata de los protagonistas de un flujo que fuera considerado cuantitativamente peculiar en el marco de la historia de la salida de argentinos del país; en efecto, es a partir de 2001 -en concordancia con la crisis de diciembre de ese año- cuando se produce un impulso inédito en el número de quienes deciden dejar el país, privilegiando como destino europeo a España y a Italia (Calvelo, 2011; OIM, 2008 y 2012; Sicremi, 2011 y 2012)³.

¿Cuál es la importancia, desde esta perspectiva, de poder analizar este fenómeno desde el punto de vista de la *memoria*? La memoria tiene que ver con la rememoración de un pasado, con visiones e interpretaciones sobre el mismo compartidas por un grupo o por una

determinada sociedad y que interviene en la construcción de la identidad del individuo y del colectivo; ella puede representar al mismo tiempo una útil herramienta teórico-metodológica y una categoría social apropiada para abordar las operaciones de selección, registro y puesta en juego de los recuerdos en un tiempo presente y en relación a un futuro deseado, vehiculizados a la hora de decidir emigrar.

Comprender los trabajos de la *memoria*, entonces, nos ayudará a complejizar los ejes en base a los cuales se articula la elaboración de las identidades efectuada tanto por los diarios del período como por los propios emigrantes en sus publicaciones en soportes online, y nos permitirá además repensar los vínculos con un *acontecimiento traumático* como la crisis político-institucional de fines del año 2001 desde el punto de vista del *recuerdo* y su recuperación en un contexto cambiante.

Sobre la memoria.

Estamos viviendo una “cultura de la memoria”; nuestra cultura está obsesionada con la memoria y con el terror al olvido, afirma no sin ironía Andreas Husseyn (2001). Si bien su énfasis está puesto principalmente en la influencia de los nuevos medios de comunicación como “vehículos de toda forma de memoria” (Huyssen, 2002: 24) y en la preocupación sobre su impacto en la aceleración del presente como modificación de la experiencia temporal humana, coincidimos con su apreciación de que las formas de representación de la memoria son una cuestión estrechamente vinculada a “las formas cambiantes de la nacionalidad, la ciudadanía y la identidad” (Huyssen, 2002: 35).

Desde hace un tiempo, la temática de la memoria se ha instalado con fuerza en el ámbito de las ciencias sociales; si bien en el Cono Sur se la ha trabajado principalmente en relación a las últimas dictaduras militares, su carácter amplio y eminentemente transdisciplinar permite construir nuevos objetos y abordar otro tipo de procesos históricos. El concepto

mismo de *memoria* remite a la presencia del pasado en un marco actual, y a las múltiples relaciones que pueden establecerse entre diversas versiones del pasado, con el presente y con el futuro. Como veremos, relaciones no exentas de problemáticas: la memoria, el recuerdo, se tornan particularmente cruciales cuando se refieren a *acontecimientos traumáticos*, sobre los que se entablan luchas y conflictos entre las diferentes versiones del pasado⁴ y los múltiples lenguajes y discursos⁵ en que éste se materializa, y en relación a los que se producen reajustes de las pertenencias identitarias de los diversos actores involucrados.

A la hora de explicitar lo que entendemos por *memoria*, es imposible eludir los estudios pioneros de Maurice Halbwachs, en particular en lo que se refiere a la noción de *memoria colectiva*. Para este autor, la memoria es “saber, huella, evocación del pasado” (Halbwachs en Lavabre, 1998: 6) que va más allá de una instancia individual, aunque la incluye. La memoria, sostiene Halbwachs, siempre se despliega en un marco social, y el recuerdo de cada uno sólo sucede en común con otros. Así, la memoria individual “sólo tiene realidad en cuanto participa de la memoria colectiva” (Lavabre, 1998: 8).

Para Halbwachs, la memoria pervive en el hombre sólo si éste continúa a formar parte del *grupo* en el marco del que se conserva el recuerdo, ya que “sólo tenemos la capacidad de recordar cuando nos situamos en el punto de vista de uno o varios grupos y nos ubicamos nuevamente en una o más corrientes de pensamiento colectivo” (Halbwachs, 2005: 172). La memoria, entonces, se vincula con un componente grupal, ya que no existe ningún recuerdo que no involucre las vivencias de otros hombres; aunque esto no significa que la rememoración no se vivencie de modo individual. Justamente, más allá de la imprecisión del concepto de “grupo” en este autor⁶, creemos que la operatividad de la teoría de Halbwachs en relación a nuestro trabajo radica en que nos permite considerar al individuo – o al emigrante, en nuestro caso- como un individuo definido por sus pertenencias sociales, por los grupos de los que forma parte, y a la memoria que él reactualiza colectiva como una

serie de representaciones y actitudes relativas al pasado, que contemplan los recuerdos de los otros.

Elizabeth Jelin explica a Halbwachs afirmando que lo colectivo de las memorias, entonces, “es el entretendido de tradiciones y memorias individuales, en diálogo con otros, en estado de flujo constante, con alguna organización social (...) y con alguna estructura, dada por códigos culturales compartidos” (Jelin, 2002: 22). La puesta en común de la memoria, desde este punto de vista, es la condición de posibilidad de los recuerdos de los individuos, que recuperan desde su presente un pasado que es posible sólo por los marcos sociales o grupales de referencia con los que éstos cuentan, aunque sea virtualmente.

Se hace necesaria una aclaración: no existe entonces una única memoria compartida por el conjunto de una sociedad, sino que se trata más bien de la construcción de un “sentido del pasado” (Jelin, 2002: 27), fruto de conflictos y negociaciones entre diversos actores involucrados en ese recuerdo; esta construcción no permanece invariable en el tiempo, sino que atraviesa también momentos de silencio u ocultamiento, y otros en los que se convierte en preponderante. El trabajo de la memoria se refiere a procesos de significación y resignificación donde los diversos actores incorporan de manera dinámica el recuerdo de un pasado que no cesa de modificarse con la propia acción de los sujetos, y que incide a su vez en la orientación hacia un futuro percibido como expectativa, inscribiéndose así en la materialidad de los grupos que la convocan.

La memoria de la crisis: lo que se pone en juego.

El 19 y 20 de diciembre de 2001 se produjeron en la Argentina una serie de manifestaciones masivas en las principales ciudades del país, que fueron fuertemente reprimidas por el Estado y que impulsaron la renuncia del entonces presidente, Fernando de la Rúa. Estos sucesos⁷, aunados por la fuerte crítica a la crisis económica imperante, a lo

que se sumó un cuestionamiento generalizado a las instituciones y a los representantes de la esfera política, pueden leerse además como corolario de un proceso de ajuste neoliberal que sumergiera a gran parte de los argentinos en la pobreza y en la precariedad laboral (Novaro, 2011).

Muchos de los trabajos sobre la historia reciente de la Argentina acuerdan en que los acontecimientos de diciembre de 2001 fueron el corolario de una profunda crisis social, económica y política causada por la aplicación irrestricta de una serie de reformas políticas, económicas y sociales de carácter neoliberal, con el agregado de “una evidente inacción gubernamental” (Cerrutti y Grimson, 2004: 8) ante las manifestaciones de malestar social concomitantes, que provocaron como consecuencia un cambio drástico en el funcionamiento político y económico del país.

Para explicar estos cambios, Hugo Quiroga plantea que el estallido de esa crisis fue la manifestación de una “turbulenta situación de desarticulación política y desintegración social” (Quiroga, 2010: 21) ante la deslegitimación de la esfera política y de la moneda, elementos que indican que una sociedad se encuentra atravesando una zona de riesgo. En este marco, el Estado manifestaba evidentes dificultades para unir políticamente y arbitrar los diferentes intereses puestos en juego; como consecuencia, la manifestación de la crisis implicó modificaciones profundas del orden colectivo. Es decir, que “la forma de vida de la sociedad comienza a mutar” (Quiroga, 2010: 23) ante el desvanecimiento de un país socialmente más homogéneo y políticamente más previsible.

La interpretación sobre los procesos que confluyeron en la crisis de 2001, así como sobre la crisis misma, puede verse enriquecida si los abordamos teniendo en cuenta el contexto del *mundo globalizado* en el que se llevan a cabo. En efecto, es posible leer las dinámicas de la globalización –complejas, contradictorias– en calidad de interdependencia creciente entre las distintas economías y culturas del planeta, y bajo el signo de la expansión del sistema capitalista a escala mundial. Este proceso facilitado y producido a la vez por el rápido

desarrollo de las tecnologías de la comunicación (TIC), implica además una aceleración de los cambios relativos a la experiencia del tiempo y del espacio, lo cual permite la interacción entre sujetos que pueden ubicarse en puntos geográficos muy distantes⁸. Estas características serían observables en la interdependencia creciente entre diferentes regiones del globo, la difusión de modelos de consumo y de sistemas de información y de comunicación (aunque no entendemos con ello una homogeneidad o ubicuidad de los mismos), así como en el debilitamiento relativo de los Estados-nación.⁹

Desde este punto de vista, la desarticulación del tejido social que asociamos a la crisis de 2001 puede relacionarse con esa conflictividad inherente a la globalización que le hace de contexto, y de la cual es propia, entre otras cuestiones, la transformación de la capacidad de referentes como el Estado para brindar el marco de producción y reproducción de aspectos clave del desenvolvimiento de distintos actores sociales. Este *debilitamiento* del Estado argentino en el proclamar y defender marcos de *seguridad simbólica* a sus ciudadanos (como ser la producción de una identidad nacional), los forzaría a abandonar roles tradicionales y a *elegir* la propia identidad en un contexto más precario y fragmentado.

Sin dudas, nos encontramos de frente a eventos de carácter crítico, que implican que “las normas, las reglas y las instituciones hasta entonces existentes dejan de ser observadas y reconocidas en mayor o menor medida; llegando, en el límite, a ser concebidas como un obstáculo para el desarrollo de la sociedad, al tiempo que las nuevas propuestas no terminan de ser elaboradas o, estándolo, [no son] asumidas como eficaces y/o pertinentes” (Ansaldi, 2003: 14). Es por ello que sostenemos aquí que los sucesos de ese diciembre de 2001 son pasibles de ser analizados como la instancia de expresión de contradicciones, rupturas, tensiones, desacuerdos, que ponen en cuestión las acciones consuetudinarias de los diversos actores, individuales o colectivos, y que en este reajuste traen a colación el trabajo de la *memoria* al que nos hemos referido con anterioridad.

En efecto, proponemos en este trabajo que la memoria se relaciona indudablemente con los acontecimientos que podríamos nombrar como *traumáticos* (Rousso, 2000), de los que se apropia y a los que reconstruye. Teniendo en cuenta que, como sostiene Henry Rousso, la memoria de un pueblo o de un grupo no se basa únicamente en elementos perdurables e invariables, sino también en acontecimientos particulares, guerras, crisis y revoluciones, la memoria misma tiene que ver con el peso del pasado; y por ende, es más viva si éste ha sido traumático. De este modo, la memoria colectiva se podrá exteriorizarse en manifestaciones de la vida social, política o cultural que revelan el traumatismo sufrido. Así, las situaciones de crisis como la que nos convoca pueden pensarse como lugares de confrontación, de choque, en los que se ponen de manifiesto las pujas de diversas memorias, a menudo extremadamente heterogéneas.

Desde esta perspectiva, analizar la relación entre este acontecimiento crítico, traumático, y la emigración de argentinos nos llevará a abordar la crisis de 2001 en una doble vertiente: como evento que se recordará en sí mismo, en la memoria puesta en juego en la decisión emigratoria, y como hecho particular que evoca la manifestación de representaciones de un pasado anterior a él mismo, llevadas a cabo por esos mismos actores afectados. Al respecto Rousso nos muestra que un acontecimiento no se circunscribe ni termina en el hecho puntual o cronológico, sino que lo sobrepasa y se define más bien en relación a las “secuelas en la memoria” (Rousso, 2000: 33), es decir, en las representaciones ulteriores del acontecimiento, que perduran al hecho mismo. En una mirada *procesual* de la memoria, el acontecimiento así entendido supera al mero hecho fáctico, para insertarse en una perspectiva más cercana a las vivencias de los actores y a los discursos producidos a partir de aquél.

Desde este punto de vista, la memoria no comienza allí donde el acontecimiento se termina sino que lo incluye en sí mismo, por tratarse de una perspectiva que Rousso (2000) denomina como de *larga duración*. Adoptar esta lectura para pensar los sucesos de 2001 y los discursos sobre éstos, entre los que privilegiamos aquellos relacionados con la actividad

emigratoria, nos permite remontarnos a las memorias previas a esos momentos, pero que resurgirán en el marco de esa conflictividad para dotarla de sentido. La crisis de 2001 será entonces el “lugar inteligible” de las elaboraciones sobre el pasado y, a la vez, un momento fundacional para su “representación, reapropiación y reconstrucción permanente” (Rousso, 1991: 5) realizada por los distintos actores sociales.

Justamente, un aspecto fundamental del planteo de Rousso y que nos resultará altamente operativo para nuestro trabajo es lo que este autor define como uno de los atributos y funciones de la memoria colectiva: la facultad que ofrece a individuos y grupos para articular el acontecimiento traumático en modo tal de asegurar la continuidad de una *identidad*. De este modo, la memoria colectiva no sólo evidencia la presencia de un pasado sino que, al ser interpretativa en lugar de acumulativa, funciona a modo de andamiaje en la elaboración de identidad de un grupo, diferenciándolo además de otras alteridades.

La identidad de los emigrantes, entre experiencia y discurso.

El interés intelectual y académico por las problemáticas de la identidad o las identidades ha sido recurrente en las últimas décadas, en consonancia con los ecos del debate modernidad/posmodernidad de los '80 y su crítica a los universalismos, a los grandes sujetos colectivos y también “a los ‘grandes relatos’ legitimadores de la ciencia, el arte, la filosofía” (Arfuch, 2005: 22). Paralelamente, mutaciones en las formas de concebir el mapa mundial, en especial en relación a la globalización y sus problemáticas conexas, redundaron en un mayor interés por estudiar la permanencia y las transformaciones sufridas por las adscripciones identitarias, que se ponían en cuestión por el afloramiento de minorías antes invisibilizadas. La referencia a la identidad, además, presenta una particularidad distintiva: se trata tanto de una “categoría de la práctica” tal como la nombran Brubaker y Cooper (2001) parafraseando a Pierre Bourdieu, es decir, de una categoría empleada por los propios

actores sociales a fines de dar sentido a sus actividades; y, al mismo tiempo, conforma una categoría de análisis social y político, cargada de ambigüedades.¹⁰

Para nuestro trabajo hemos privilegiado la conceptualización de la identidad que la entiende como el producto efímero de múltiples discursos, siendo invocada “para iluminar la naturaleza *inestable, múltiple, fluctuante y fragmentada* del ‘yo’ contemporáneo¹¹” (Brubaker y Cooper, 2001: 9-10), sin desconocer en esta adopción las complejidades y las polémicas de las que ha sido objeto. Este punto de vista, emparentado con el constructivismo, enfatiza para la categoría de identidad su extrema inestabilidad, y se preocupa por revelar su carácter construido en relación a un *otro*, su emergencia en tanto producto de luchas y negociaciones históricamente situadas, en oposición a otros abordajes que destacaban su homogeneidad y su posición objetiva en la estructura social.

Concebimos entonces a las identidades, entonces, como construcciones relacionales, múltiples y contingentes, pudiendo operar –confundiéndose, tensionándose, antagonizándose– diversas identidades al mismo tiempo en un individuo o en una colectividad determinada. En palabras de Eduardo Restrepo: “(...) en un individuo se dan una amalgama, se encarnan, múltiples identidades, identidades de un sujeto ‘engendrado’ (por lo de género), de un sujeto ‘engeneracionado’ (por lo de generación), entre otros haces de relaciones” (Restrepo, 2007: 26).

Desde nuestro punto de vista, la utilidad analítica del concepto de identidad reside en su dimensión discursiva. Este aspecto, que ha sido problematizado epistemológicamente desde el así llamado *giro lingüístico* y desde los estudios culturales, pone el énfasis en la construcción de las identidades a partir del discurso, y en la narración en tanto configuradora de la experiencia humana. El interés por la dimensión discursiva en tanto constitutiva de las identidades implica por lo tanto problematizar esas construcciones, a la par que proponer que ella “no sólo establece las condiciones de posibilidad de percepciones y pensamientos, sino también de las experiencias, las prácticas, las relaciones” (Restrepo,

2007: 27). Es decir, que adoptar la opción discursiva para el estudio de las identidades nos permite pensar que las experiencias sociales compartidas a partir de las cuales se elaboran identidades grupales (y que, por lo tanto, son *significativas*), deben ser necesariamente consideradas desde el punto de vista de la dimensión discursiva que las constituye.

Al mismo tiempo, reconocemos que las identidades pueden ser reconocidas como una categoría que es asumida por los propios individuos a los que interpelan; estamos convenidos que esta cualidad no le quita operatividad sino que, por el contrario, representa un incentivo para su estudio. Comprender la densidad de las identidades, justamente, también tiene que ver con reconocer por qué algunas de ellas son asumidas e, incluso, aparecen como inamovibles o esenciales para los actores sociales. A nivel analítico-conceptual, ello significa entender la actividad de los propios emigrantes de poner en discurso y en debate su propia identidad, en el sentido de una recreación de una pertenencia, de un proyecto, de una cultura.

Asimismo, proponemos que plantear la importancia de la dimensión discursiva implica tener en cuenta que esa construcción de la identidad se basa también, como plantea Alejandro Grimson (2004), en experiencias compartidas y *sedimentadas*¹² de los grupos; experiencias históricas, entonces, que comparten los miembros de un grupo “articulando su diversidad y desigualdad en modos de cognición y acción que presentan rasgos comunes” (Schuttenberg, 2007: 28). Las identidades, entonces, recuperan las significaciones, los procesos simbólicos, resultantes de esas experiencias vividas. Partiendo de esta afirmación, Grimson define a lo identitario como relativo a “los sentimientos de pertenencia a un colectivo y a los agrupamientos fundados en intereses compartidos” (Grimson, 2011: 138)¹³.

Justamente, sostenemos que esta ‘entrada’ experiencialista a la problemática de la identidad no es contrapuesta sino complementaria a cuanto se ha referido más arriba al caracterizarla como constituida discursivamente, ya que nos permite pensar cómo operan elementos que,

desde una mirada discursiva, podrían ser ligados a la referencialidad o a la objetualidad. Aquello que en palabras de Grimson es preocuparse por el motivo por el cual algunas historias han sido eficaces en la construcción de identidades, en relación a nuestra investigación y al trabajo aquí presentado significa preguntarnos cuáles son las narrativas que han sido exitosas a la hora de proponer una(s) identidad(es) de y para los emigrantes argentinos, y qué elementos de la memoria de ese real, de esa experiencia, podemos identificar en esa discursividad.¹⁴

Resulta pertinente en este punto introducir el concepto de identidad que elabora Jorge Larraín (2001 y 2003), que nos permite mantenernos en la articulación propuesta. Para este autor, la identidad es el resultado de un proceso social de construcción en el que intervienen tres elementos: las categorías sociales compartidas, los contextos colectivos culturalmente determinados en los que se enraízan las identidades personales (esto es, lealtades grupales compartidas como religión, etnia, clase, sexualidad); los elementos materiales que permiten una vía de autorreconocimiento y un sentido de pertenencia a una comunidad deseada; y la existencia de los *otros*, entendidos como aquellos cuyas opiniones internalizamos y con respecto a quienes nos diferenciamos.

Es posible pensar la identidad de los emigrantes argentinos, entonces, como una identidad socialmente construida que brinda un sentido de pertenencia y reconocimiento a quienes participan de ella. Aclaremos aquí que, de acuerdo con esta perspectiva, la identidad individual y la identidad colectiva no son pensables aisladamente: “las identidades personales son formadas por identidades colectivas culturalmente definidas, pero éstas no pueden existir separadamente de los individuos” (Larraín, 2001: 34). Por lo tanto, la *identidad colectiva* no es una entidad exterior e invariable que funcionaría a modo de marco, ni tiene una existencia independiente o pertenece a un individuo colectivo totalmente integrado; más bien, se trata de un “medio y resultado de las identidades individuales a las que recursivamente organiza” (Larraín, 2001: 35), en una continua recreación realizada por los propios individuos. En ese proceso, la construcción de una

identidad colectiva reposa en una doble creencia asumida por los actores: en la continuidad o sustancia de un sujeto colectivo, y en la omisión, el olvido o ignorancia de todo lo que contradiga ese sentimiento unánime que activa un *nosotros* (Altamirano, 2009).

Por otra parte, cuando hablamos de identidad colectiva hacemos referencia no sólo a la conciencia de la propia singularidad, sino a una suerte de relativa permanencia o de reconocimiento, más allá de los cambios que también proponíamos como posibles para la identidad individual; sin embargo, ello no significa que este grado de compromiso de cada miembro individual no cambie en el tiempo, o que se enuncie de modos diferentes. Como demuestra Larraín (2003), características culturalmente definidas que son operativas en un determinado momento histórico (como ser la nacionalidad) pueden sufrir una declinación en otro período, o incluso desaparecer en un nuevo momento histórico.

Memoria e identidad: pensando a los argentinos que emigran.

En base a la conceptualización propuesta a lo largo del presente trabajo, proponemos una articulación entre *memoria* e *identidad* retomando la postura de Elizabeth Jelin, quien sostiene la imposibilidad de encontrar una memoria *única* del pasado; como nos muestra esta investigadora, siempre hay una lucha política acerca del sentido de la experiencia, y de la memoria misma. Por ende, tanto la memoria como la memoria colectiva no pueden ser pensadas como una “cosa” o “dato” dado, sino que son construcciones donde se encuentran en lucha diversas disputas y negociaciones sobre el pasado, el cual debe ser *activado* por los sujetos “en acciones orientadas a dar sentido” al mismo (Jelin, 2002: 23).

Por otra parte, Jelin coincide con Rousso en que la memoria se convierte en una actividad crucial cuando se vincula a acontecimientos traumáticos de índole política, o a profundas crisis sociales. Es aquí donde la relación memoria – identidad es de vital importancia, ya que en los períodos de crisis o amenazas (internas o externas) por los que atraviesa un

grupo, es donde se reinterpreta la memoria y se cuestiona la propia identidad. La identidad, en este sentido, incluye tanto los momentos *fijos* en los que es posible identificar un conjunto de elementos invariantes sobre los que se organizan las memorias, como los momentos de conflicto, donde la identidad es puesta en cuestión y puede haber “una vuelta reflexiva sobre el pasado, reinterpretaciones y revisionismos” (Jelin, 2002: 26).

Como planteáramos al inicio, una de las hipótesis que guían nuestro trabajo es que en la construcción de las identidades de los emigrantes argentinos del período 2001-2005 son especialmente relevantes procesos, recuerdos y lugares simbólicos asociados a la crisis de 2001 y a sus consecuencias. Más aún, serían centrales para la conformación de esas identidades nuevas identificaciones impulsadas por la complejización de los contextos sociales y culturales de referencia propias de ese proceso crítico, así como aquellas vinculadas al resquebrajamiento de la concepción del país como socialmente homogéneo y políticamente previsible, que entrarían en conflicto con memorias previas y concomitantes a ese momento traumático. En este punto, proponemos que -más allá de una cierta continuidad en el tiempo- la identidad de los emigrantes argentinos del período 2001-2005 se construye también a través de discursos que evidencian fisuras, rupturas y contradicciones en los sentidos que ponen en juego, y que nos permiten interpretar el modo en el que se rememora una experiencia subyacente, como ser lo vivido en ese fin de 2001.

Analizar la identidad de los emigrantes en tanto mecanismo de autoidentificación y de identificación con un colectivo de referencia significará también rememorar, *recordar* esos acontecimientos problemáticos a fines de darles sentido en el marco de la vida del grupo y reforzar los elementos que conforman su mutuo reconocimiento. Reconocemos entonces que alrededor de los sucesos de 2001 se condensan y emergen representaciones, memorias sobre el pasado, que lo incluyen en su relato y que operan en la construcción de las identidades de diversos grupos, siendo una de ellas la de los emigrantes del período.

La crisis de 2001 significó una profunda eclosión: mientras que una parte de la sociedad argentina se sintió beneficiada, otros sectores se percibieron como una “clase media empobrecida” o, directamente, como parte de la clase baja (Adamovsky, 2010; Ginieniewicz y Castiglione, 2010; Lambiase, 2004; Murias, 2005). De un primer abordaje empírico del corpus discursivo que conforma nuestro objeto de estudio, resulta que en la definición de la identidad de los emigrantes argentinos del período 2001-2005 es crucial la memoria que se pone en juego sobre ese momento crítico (que provoca reacomodamientos y rupturas en su pretendida cohesión), en los dos modos que hemos dado cuenta en el segundo párrafo de este artículo: como un evento que será en sí mismo rememorado, y como hecho particular que evoca la manifestación de representaciones de un pasado anterior.

¿En qué sentido los sucesos de 2001 habrían provocado reacomodamientos en la identidad de quienes deciden partir (esa que en gran parte de los discursos analizados aparecerá nombrada como de *clase media*)¹⁵? ¿Cuáles serían las memorias que se ponen en juego para dar sentido a lo ocurrido? Completamos aquí con una nueva conjetura la hipótesis esbozada con anterioridad: proponemos que en la construcción de la identidad de los emigrantes argentinos del período seleccionado intervienen las memorias de un pasado mítico, vinculado con la inmigración europea del siglo XIX (en muchos casos, la de los propios antepasados) que habría forjado una Argentina educada, moderna y blanca (Adamovsky, 2010); memorias que se actualizan en una serie de aspiraciones y expectativas compartidas relacionadas a un universo simbólico común, que ahora se ligan a la actividad emigratoria.

Creemos que tal articulación nos permite abordar el recuerdo de un pasado y origen que reconocemos como míticos o fundantes para esos sujetos que emigran: la memoria del inmigrante venido de tierras lejanas que habría contribuido a forjar exitosamente la nación argentina. Nuestra hipótesis, en este punto, es que podemos relacionar esta memoria con una identidad colectiva a la cual se intenta ya sea preservar, reajustar o reconstruir luego de un momento traumático como el de 2001, instancia en la que se percibe que ya no es

posible satisfacer en el país aquellas demandas de ascenso social y prosperidad económica asociadas con el propio lugar y expectativas sociales, y vinculadas también con el ideario del progreso asociado a esa migración ancestral.

Reafirmamos que la operatividad de analizar la identidad de la emigración desde la memoria es que nos permite pensar esa identidad de los emigrantes argentinos en tanto construcción que orienta el sentido otorgado al presente y al pasado de los sujetos que se identifican como tales. En ese contexto, la presencia *viva* de ese pasado recordado se haría evidente ante un acontecimiento que pone en juego el sentido de esa misma identidad, así como una serie de expectativas futuras a ella asociadas. Justamente, como sostiene Huyssen, “no siempre es fácil trazar la línea que separa el pasado mítico del pasado real” (Huyssen, 2002: 20): el pasado real puede ser mitologizado y recordado no menos verídicamente, a la par que el pasado mítico puede engendrar fuertes efectos de realidad, de verosimilitud presente, así como ser capaz de guiar las acciones futuras.

Proponemos entonces que la articulación propuesta en este trabajo puede representar un aporte prolífico para el fenómeno de la emigración argentina de inicios de la década del 2000. Como referíamos en un inicio, esta inquietud forma parte de un proyecto de trabajo más amplio sobre la construcción discursiva de esas identidades emigratorias; en base a lo expuesto, planteamos como interrogante futuro el indagar también cuáles son y cómo operan las memorias de quienes no emigraron y que, sin embargo, pudieran adscribir a ciertos componentes identitarios con aquellos que sí lo hicieron.

Bibliografía.

Actis, W. y Esteban, O. (2007). Argentinos hacia España (“sudacas” en tierras “gallegas”): el estado de la cuestión, en Novick, S. (dir.): *Sur-Norte. Estudios sobre la emigración reciente de argentinos*, Buenos Aires: Catálogos – UBA, pp. 205-258.

Adamovsky, E. (2010). *Historia de la clase media argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión, 1919 – 2003*. Buenos Aires: Planeta.

Altamirano, C. (2009). Globalización e identidad latinoamericana. [inédito]. En *Curso de Posgrado “Globalización, consumos e identidades en América Latina”*. Área de Ciencias Sociales, CAICYT – CONICET.

Ansaldi, W. (2003). El faro del fin del mundo. La crisis argentina de 2001 o cómo navegar entre el riesgo y la seguridad, 2003. Disponible en http://www.catedras.fsoc.uba.ar/udishal/art/faro_del_fin_del_mundo.pdf. Consultado el 09/01/12.

Arfuch, L. (2005). Problemáticas de la identidad, en Arfuch, L. (comp.), *Identidades, sujetos y subjetividades*, Buenos Aires: Prometeo.

Biron, R. (2009). Globalización. En Szurmuk, M. y McKee Irwin, R. (coords.) *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*. Buenos Aires – Madrid: Siglo XXI, pp. 117-121.

Brubaker, R. y Cooper, F. (2001). Más allá de ‘identidad’, en *Apuntes de Investigación del CECyP*, n.7. pp. 30-67. Disponible en <https://es.scribd.com/doc/57755907/Brubaker-Cooper-espanol>. Consultado el 14/05/15.

Calvelo, L. (2011). *Crisis y emigración. La emigración de los argentinos entre 1960 y 2002*. Buenos Aires: Ministerio del Interior - Dirección Nacional de Población.

Cerrutti, M. y Grimson, A. (2004). Buenos Aires, neoliberalismo y después. Cambios socioeconómicos y respuestas populares, en *Cuadernos del IDES*, n. 5. Disponible en <http://ides.org.ar/publicaciones/cuadernos-del-ides>. Consultado el 11/05/15.

Ginieniewicz, J. y Castiglione, M.C. (2010). Acumulación y transferencia de capital cívico: el caso de la inmigración argentina a España, en *VI Congreso sobre las migraciones en España - A Coruña, 17-19 de septiembre de 2009*. Servicio de Publicaciones de la Universidade da Coruña.

Grimson, A. (2004). La experiencia argentina y sus fantasmas. En Grimson, A. (comp.) *La cultura en las crisis latinoamericanas*, Buenos Aires: CLACSO, pp. 177 – 193.

Grimson, A. (2011). *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Halbwachs, M. (2005), Memoria individual y memoria colectiva, en *Estudios* n. 16, pp. 163 – 187.

Hener, A. (2007). Sobre la clase media - desde la clase media: dualidades entre los términos teóricos y el lenguaje de los actores. En *Actas de las IV Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto Gino Germani, UBA.* Disponible en http://webiigg.sociales.uba.ar/iigg/jovenes_investigadores/4jornadasjovenes/EJES/Eje%20%20Epistemologias%20Metodologias/Ponencias/HENER,%20Alejandro.pdf. Consultado el 29/04/15.

Huyssen, A. (2002). Pretéritos presentes: medios, política y amnesia, en *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 13-40.

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Lambiase, S. (2004). *¿Nos vamos o nos quedamos? Los porqué de la emigración de la clase media argentina*, San Juan : Editorial Fundación Universidad Nacional de San Juan.

Larraín, J. (2001). El concepto de identidad, en *Identidad chilena*, cap. 1, Santiago de Chile: Lom, pp. 21-48.

Larraín, J. (2003). El concepto de identidad, en *Revista FAMECOS* n. 21, pp. 30-42.

Lavabre, M.C. (1998). Maurice Halbwachs y la sociología de la memoria, en Pérotin-Dumon, A. (dir.), *Historizar el pasado vivo en América Latina*, disponible en <http://www.historizarelpasadovivo.cl/downloads/lavabre.pdf> . Consultado el 15/04/15.

Murias, M.G. (2005). Argentinos por el mundo: en torno a la crisis de 2001, en Novick, S. y Murias, M.G., *Dos estudios sobre la emigración reciente en la Argentina (Documentos de Trabajo 42)*, Buenos Aires: IIGG-FSOC-UBA. Disponible en <http://webiigg.sociales.uba.ar/pobmigra/archivos/dt42.pdf>, consultado el 10/04/15.

Namer, G. (1998). Antifascismo y ‘la memoria de los músicos’ de Halbwachs (1938), en *Ayer*, n. 32, pp. 35-56.

Novaro, M. (2010). *Historia de la Argentina 1955-2010*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Organización Internacional para las Migraciones - OIM. (2008). *Perfil migratorio de Argentina*. Disponible en http://publications.iom.int/bookstore/free/argentina_profile.pdf. Consultado el 14/04/15.

Organización Internacional para las Migraciones - OIM. (2012). *Perfil migratorio de Argentina*. Disponible en <http://www.iom.int/files/live/sites/iom/files/pbn/docs/Perfil-Migratorio-de-argentina-2012.pdf>. Consultado el 14/04/15.

Quiroga, H. (2010). *La república desolada. Los cambios políticos de la Argentina (2001 – 2009)*, Buenos Aires: Edhasa.

Restrepo, E. (2007). Identidades: planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio, en *Revista Jangwapana*, n.5, pp. 24-35.

Rouso, H. (1991). Pour une histoire de la mémoire collective: l'après Vichy, en Peschansky, Pollak y Rouso (eds.), *Histoire politique et sciences sociales*. Paris: Complexe. (mimeo en español).

Rouso, H. (2000). El duelo es imposible y necesario, entrevista por Feld, C., en *Revista Puentes*, año 1, n. 2.

Schuttenberg, M. (2007). Identidad y globalización. Elementos para repensar el concepto y su utilización en ciencias sociales, en *Cuadernos de H Ideas*, año 1, n.1. Disponible en <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/cps/article/view/1361/1818>. Consultado el 14/04/15.

Sistema Continuo de Reportes sobre Migración Internacional en las Américas – SICREMI. (2011). Primer informe de migración internacional en las Américas. Disponible en <http://www.migracionoea.org/sicremi/>. Consultado el 14/04/15.

Sistema Continuo de Reportes sobre Migración Internacional en las Américas – SICREMI. (2012). Segundo informe sobre migración internacional en las Américas. Disponible en <http://www.migracionoea.org/sicremi/>. Consultado el 14/04/15.

Verón, E. (1998). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*, Barcelona: Gedisa.

Verón, E. (2005). *Fragmentos de un tejido*, Barcelona: Gedisa.

¹ Mariana Patricia Busso (UNR-CIM / CONICET). Actualmente cursa el Doctorado en Comunicación Social de la Universidad Nacional de Rosario (Argentina), con beca de posgrado de CONICET. Es miembro del Centro de Investigaciones en Mediatizaciones (CIM) de esa Universidad. mar_busso@hotmail.com

² Nuestro trabajo de tesis doctoral actualmente en curso se titula *La construcción discursiva de las identidades emigratorias argentinas: un análisis comparativo de la prensa gráfica nacional y de los foros online (2001-2005)*; en él nos proponemos estudiar comparativamente dos conjuntos discursivos que tienen como eje central la construcción de la identidad de los emigrantes argentinos: por un lado, el de las noticias aparecidas en los diarios *Clarín* y *La Nación* y, por el otro lado, el conformado por las intervenciones de emigrados argentinos en los foros de Internet *mequieroir*, *emigrantesargentinos* y *patriamadre*, durante el período 2001-2005.

³ Tradicionalmente en la investigación académica se ha considerado que, a nivel de las características sociodemográficas de sus emigrantes, la Argentina habría representado un caso peculiar en el marco latinoamericano, que no podría encuadrarse como un caso típico de exportación de trabajadores y donde los emigrantes se caracterizarían por contar con elementos diferenciales como ser su elevado nivel educativo, superior al de otros colectivos de la región. Sin embargo, estudios como los de Actis y Esteban (2007) sobre el caso español se han preocupado por aclarar que tanto el nivel de formación académica como el tipo de ocupación se habría vuelto mucho más heterogéneo y de perfiles diferenciados para los emigrantes argentinos recientes.

⁴ Aunque no trabajemos explícitamente aquí acerca de los modos de funcionamiento del *olvido*, reconocemos que el olvido y la memoria en tanto presencia del pasado son simultáneos, “aunque en clara tensión entre ellos” (Jelin, 2002: 10). Es imposible pensar la memoria sin reconocer que, paralelamente, en toda recuperación del pasado opera también una selección, un “olvido” de parte de éste.

⁵ Entendemos al discurso en el sentido que lo hace Eliseo Verón, es decir, como “una configuración espacio-temporal de sentido” (Verón, 1998: 127). Recordemos que para Verón (2005) el análisis discursivo implica reconocer dos gramáticas y dos condiciones: las de *producción* y las de *reconocimiento*, ligadas por el tejido intermediario de la *circulación*. El análisis discursivo implica entonces dar cuenta de las huellas que las condiciones productivas (en sí mismas significantes) imprimen en los discursos, “ya sean las de su generación o las que dan cuenta de sus ‘efectos’” (ibidem); esas huellas se encuentran en la materialidad discursiva bajo la forma de *marcas*, que en tanto *operaciones* “toman la forma de las reglas de engendramiento de esos discursos” (Verón, 2005: 201).

⁶ En relación a la definición de *grupo*, nos quedamos con el análisis que realiza Namer sobre la obra de Halbwachs, donde sostiene que el grupo “no se define por su visión del mundo, sino por su pensamiento que es (...) una razón y una memoria a la vez” (Namer, 1998: 40). La memoria colectiva, entonces, es la memoria que se relaciona tanto con ese grupo “real” en el que se está inserto, como con ese grupo más incierto al que se imagina cuando se recuerda desde su punto de vista.

⁷ A una serie de saqueos a comercios y grandes supermercados producidos durante la semana, se sumaron las movilizaciones masivas y *cacerolazos* en los principales puntos del país el 19 de diciembre de 2001, que fueron detonadas por el anuncio de Domingo Cavallo, el entonces ministro de Economía, de restringir la disponibilidad de los depósitos bancarios (el coloquialmente denominado *corralito financiero*), así como por la proclamación del estado de sitio por el presidente De la Rúa. La represión estatal de la protesta dejó un saldo de 39 muertos, y desencadenó la renuncia de Cavallo, en primer lugar, y de De la Rúa, el 20 de diciembre. La eclosión de este proceso daría paso a una crisis institucional sin precedentes, signada por la sucesión de cinco presidentes en diez días.

⁸ Adoptamos aquí la propuesta de Rebecca Biron (2009), que desde el punto de vista de los estudios culturales evidencia la complejidad y la contradictoriedad de esos vínculos transnacionales generados por la globalización, los cuales generan nuevas alianzas sociales y nuevas expresiones culturales, así como novedosas relaciones políticas y económicas. Vínculos que pueden ser entendidos al mismo tiempo como una amenaza para las identidades y las particularidades locales, y como una liberación de las hegemonías estatales modernas y totalizantes; como una homogeneización o, por el contrario, una autonomía cultural y política; globalización que es al mismo tiempo “fuerza social progresista (...) o un proceso hipercapitalista y no regulado que subyuga la ciudadanía activa bajo el control anónimo del mercado libre” (Biron, 2009: 118).

⁹ No estamos sosteniendo aquí que los Estados nacionales hayan desaparecido, sino que su rol se ha resignificado y, en algunos ámbitos, difuminado. Al respecto Alejandro Grimson (2004) ha enfatizado la permanencia y potencia de los Estados y de las naciones en múltiples esferas, denunciando lo erróneo de las afirmaciones que postulaban su paulatina desaparición. Para este investigador, tanto sus *fronteras* como sus funciones represivas y de control mantienen su plena vigencia; sería acertado, según Grimson, proponer más bien que el ámbito en el que efectivamente el Estado se ha retirado es el de sus funciones sociales, en particular a través de la destrucción de las versiones locales del *welfare state* impulsada por la aplicación de políticas neoliberales.

¹⁰ Brubaker y Cooper dan cuenta de esa serie de complejidades listando una serie de usos clave que ha recibido el término, desde el punto de vista de la investigación académica: (1) la identidad como opuesta al

interés, para abordar modos no instrumentales en la acción social y política; (2) la identidad como “una igualdad fundamental y consecuente entre los miembros de un grupo o categoría” (Brubaker y Cooper, 2001: 9); (3) la identidad en relación a la conciencia del ser individual, en tanto aquello que se asume como profundo, perdurable, originario; (4) la identidad como producto de la acción social y política, “invocada para iluminar el desarrollo procesual, interactivo del tipo de autocomprensión, solidaridad, o ‘grupalidad’ colectivos que posibilita la acción social” (ibidem); y, finalmente, (5) la identidad entendida como el producto fugaz de discursos diversos, la cual se pone en juego para dar cuenta de la cualidad inestable y, fragmentada y móvil del sujeto.

¹¹ Las cursivas son de los autores.

¹² Por *sedimentación* Grimson entiende un proceso histórico que no es lineal o geológico (a pesar de que así podría entenderse por la asonancia del término). Para despejar ese posible equívoco, este autor sostiene que “la noción de *sedimentación* debe estar acompañada por otros dos conceptos: los de *erosión* y *acciones corrosivas*. La erosión (...) alude a cómo el paso del tiempo –encarnado en crisis, guerras, gobiernos, sentimientos colectivos y demás- puede disolver parcial o totalmente los sedimentos de ciertos momentos históricos. En cambio, con la noción de acciones corrosivas aludimos específicamente a los agenciamientos sociales y culturales que apuntan a provocar la ruptura, la elaboración o la disolución de sedimentos concretos” (Grimson, 2011: 167). Asimismo, la noción de sedimentación no alude a vivencias o significados de procesos que estarían distribuidos en modo homogéneo en la sociedad; por el contrario, se trata de dar cuenta de cómo esas heterogeneidades, ligadas a desigualdades sociales y de poder, “Son procesadas en articulaciones históricamente situadas: las ‘configuraciones culturales’”. (Grimson, 2011: 168)

¹³ Según Grimson, los tres aspectos clave a los que se hace referencia en los usos de la identidad son “los atributos sociales, las relaciones entre las personas y los sentimientos de pertenencia” (Grimson, 2011: 141), aspectos que no tienen una relación de causalidad entre sí; es decir, que aunque varias personas tengan alguno de esos elementos en común, no por ello se desprende que compartan una misma identidad.

¹⁴ Aclaremos aquí que cuando nos referimos a la *experiencia* lo hacemos no desde el punto de vista de una ligazón con un posible *real* exterior al discurso, sino que se relaciona con las concepciones de sí y las identidades elaboradas a través de relaciones sociales, de vínculos discursivos en cuya superficie las condiciones de producción (materiales, económicas, interpersonales) dejan huellas. Desde el punto de vista del análisis del discurso, Verón (1998) sostiene que si apuntamos a dar cuenta de la realidad de lo social, no debemos perder de vista que ésta se construye en la red de la semiosis; lo real que se pone en juego sólo es posible de ser reencontrado en la red interdiscursiva, en el proceso que el autor llama la *clausura semiótica*.

¹⁵ La *clase media*, que aparece recurrentemente tanto en los materiales que conforman nuestro corpus como en trabajos académicos que buscan caracterizar la estructura social argentina y las particularidades de los emigrantes del período 2001-2005, es una categoría seductora pero no exenta de complejidades, y que en nuestro trabajo puede funcionar como hipótesis de trabajo más que como mecanismo explicativo. Para Ezequiel Adamovsky (2010) no refiere a una realidad empíricamente objetiva (en el sentido de unificada por sus condiciones objetivas de vida) sino que se trata de una *identidad* misma que en nuestro país es bastante reciente y que, además, se confundió con la identidad de la nación misma. Por otra parte, para Alejandro Hener la categoría de *clase media* efectivamente posee una “condición de realidad” pero que no es aquella de las condiciones materiales de vida de los sujetos, sino la de poseer una utilidad instrumental de su uso y la de constituir enunciados empleados por los propios sujetos sociales para definirse (Hener, 2007). Así, la clase media en tanto “clase social” no existe, pero lo hace en tanto “construcción estratégica de ciertos discursos que buscan apelar a cierta porción de la población agrupándolos bajo cierta denominación” (Hener, 2007: 8), tratándose además de un concepto que opera *performativamente* en la vida social, organizando relaciones y prácticas.